

**Una mirada desde la memoria a dos experiencias de teatros políticos locales.
En torno de los escritos dramáticos libertarios de Enrico Giulio.**

Carlos Fos

(Subdirector del Centro de Documentación del CBA, Teatro San Martín)

Ante la llegada del año 2010, los estudios históricos que bucean en la vida de la Argentina crecen con inusitada velocidad. Con la excusa del bicentenario del primer proyecto independentista con cierto éxito en la región del Plata, esta explosión de pesquisas nos entrega ensayos de dispar calidad. Buena parte de estos trabajos intentan responder a cuestiones esenciales abordadas con diferentes herramientas e ideologías a lo largo de los procesos que fueron definiendo al país, sin hallar respuestas definitivas o, si se las esgrimían, no contaban con sólidos argumentos teóricos.

El repensar lo identitario, (ya alejados de considerarlo como un bloque monolítico rastreable en un pasado mítico inexistente), como una multiplicidad de voces cambiantes en un mundo de fronteras porosas, es uno de los tópicos más transitados. Por supuesto, el teatro no podía quedar ajeno a este fenómeno y surgen investigaciones sobre períodos o poéticas poco analizadas, visitadas hoy desde perspectivas multidisciplinares. Reconstruir los pedazos de las memorias individuales, como mosaicos de una pared que involucra al colectivo social todo, es complejo y peligroso. Es peligroso porque está siempre latente la posibilidad de arribar a conclusiones definitivas a partir de reduccionismos o esquemas rígidos sostenidos en la opinión, conclusiones que parten de una investigación epidérmica, de pereza intelectual manifiesta o de la necesidad de responder a posiciones ideológicas conservadoras. Un sendero de resignificación del pasado, necesario para darle sentido crítico al presente y lanzarse con criterio formado al futuro. Y estamos hablando de una búsqueda desde perspectivas múltiples, no excluyentes; por el contrario, se trata

de darle distintos significados a lo escondido, a lo invisibilizado, a lo ausente, con lo diverso como marco.

Luego de tantas agresiones sufridas por la trama social, es bueno utilizar esta oportunidad para repararla parcialmente, construyendo puentes entre sus miembros, religándolos, respondiendo al grito ausente (tal vez ni siquiera consciente) que pide la pertenencia a un conjunto contenedor. Hemos asistido en el siglo XX a la consolidación de un sistema educativo diseñado por el roquismo, tendiente a eludir modelos de pensamiento crítico (salvo contadas excepciones, la mayor parte de las cuales provinieron de espacios alternativos o enfrentados a las estructuras oficiales) y a forjar un universo homogéneo, cristalizado en los contenidos. A pesar de los diferentes cambios de forma y el paso de gobiernos, teóricamente opuestos a este modelo, siguen vigentes los trazos gruesos de una historia funcional a los intereses de los grupos de poder. Esos arquetipos de identidad impuestos, disociados de los sujetos que la encarnan, son los que se recogen en muchos artículos y reseñas en virtud de lo que indicamos al principio de este trabajo sobre la pregunta casi ontológica del ser nacional. Un cuestionamiento que nos halla con los recursos científicos suficientes para derribar obsoletas máximas y trilladas e inverosímiles frases de tinte publicitario que fueron útiles servidores de las clases dirigentes como pretexto para afirmar una relación de dominación. Afirmados en estos supuestos teóricos nos concentraremos en algunos casos representativos de expresiones teatrales vinculadas a la militancia política de los grupos socialistas con sus discrepancias ideológicas marcadas. Antes de avanzar sobre este punto en particular, se impone una breve introducción histórica.

Las guerras civiles en el territorio argentino van a impedir la consolidación de un modelo de organización política que se pudiera mantener ante la inestabilidad reinante. La proclamación de la Constitución Nacional en 1853 fue incapaz de reunir en un bloque a la ciudad de Buenos Aires con el resto del territorio expresado por la Confederación. Juan Bautista Alberdi, mentor de este instrumento legal proponía fomentar la llegada de inmigrantes europeos, en la medida que los mismos se

dedicaran a desarrollar la agricultura o a hacer aportes significativos en las áreas de las ciencias y las artes. Luego de la batalla de Pavón en septiembre de 1861, el camino hacia la conformación de un Estado moderno aparecía allanado. Las administraciones de Mitre, Sarmiento y Avellaneda dieron los primeros pasos hacia el afianzamiento del orden institucional de esta república que asomaba como unida. Fieles a un ideario económico, y respondiendo a una ideología positivista (en especial los dos últimos, defensores del orden y progreso como banderas de gestión) encararon la transformación de los cimientos sociales y económicos del nuevo país.

La ocupación del territorio por cuestiones económicas y geopolíticas se convirtió en prioridad y comenzó a diseñarse distintos planes para llevarla a cabo. El problema del *indio*, eufemismo utilizado para lanzar campañas militares de exterminio o confinamiento de las comunidades originarias prehispánicas, debía ser resuelto. La ley de colonización votada en 1876 fue el instrumento jurídico que reflejaba la posición de la clase dirigente. Se daban ciertas facilidades a quienes llegaran, pero nunca el derecho sobre las tierras que trabajasen. Se abrían las puertas a la consolidación de los latifundios, debido a que el Estado seguiría entregando la tierra pública a los grandes terratenientes preexistentes. Estos terratenientes se verán beneficiados con millones de hectáreas, muchas de ellas de excepcional riqueza para la explotación agropecuaria. El informe oficial de la Comisión Científica que acompañaba a las tropas comandadas por Julio Argentino Roca al *desierto* (desde esta misma palabra es visible el desprecio por los indígenas que vivían en esta inmensa región, una variante práctica de la prédica de civilización y barbarie) es clarificador en cuanto a los objetivos de esta *cruzada modernizadora*. Un fragmento del mismo dice:

Se trataba de conquistar un área de 15.000 leguas cuadradas ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de conquistarlas en el sentido más lato de la expresión. No era cuestión de recorrerlas y de dominar con gran aparato, pero transitoriamente, como lo había hecho la expedición del Gral. Pacheco al Neuquén, el espacio que pisaban los cascos de los caballos del ejército y el círculo donde alcanzaban las balas de sus fusiles. Era necesario conquistar real y eficazmente esas



15.000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, tan incuestionable, que la más asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura, tuviera él mismo que tributar homenaje a la evidencia, que no experimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército expedicionario y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas.¹

Con nuevas y fértiles comarcas, la mano de obra era indispensable, sobre todo teniendo en cuenta que la tecnificación del agro era una política europea y no local. Expulsados por conflictos bélicos, hambrunas y falta de puestos de trabajo ante las consecuencias de la Segunda Revolución Industrial, los inmigrantes comenzaron su llegada. Muchos de ellos, ante la imposibilidad de convertirse en propietarios de parcelas de labranza se transformaban en trabajadores golondrinas, regresando a su punto de origen. Pero otros prefirieron asentarse en la zona del litoral y en las principales ciudades, en búsqueda de resolver su problemática personal y en disonancia con las necesidades del modelo que intentaban construir el gobierno y los grupos económicos hegemónicos. En pocas décadas, el caudal de arribos creció, hasta convertirse en una ola humana de cientos de miles de personas en búsqueda de una esperanza, que en el corto plazo les iba a resultar esquiva. Será en la construcción de puertos, en la del sistema ferroviario (pergeñado para extraer las materias primas para su exportación) donde hallen fuentes genuinas de trabajo. Buenos Aires y Rosario crecieron exponencialmente y, especialmente, la primera se mostró -merced a las grandes obras arquitectónicas- como una metrópoli de corte europeo. Era la cara hacia el resto del mundo de un país que se desarrollaba económicamente, de acuerdo con una propuesta que enriquecía a una minoría, en detrimento de la calidad de vida del resto de los habitantes. La estructura social del país cambió dramáticamente ante el flujo inmigratorio. Esa clase dirigente nativa despreciaba a esa *masa informe y curtida en pobreza*, que descendía de los barcos.

¹ Informe Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor de la Expedición al Río Negro, realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, Buenos Aires, 1881.



Estación del Ferrocarril Del Sud, fines del siglo XIX (Archivo general de la Nación)

Pero varios de estos expulsados del Viejo Continente tenían experiencia militante social, política y gremial en sus países de origen, por lo que no tardaron en ser la fuerza que alentó a conformar nuevos sindicatos o a colaborar en el afianzamiento de partidos políticos modernos nacidos recientemente y ajenos al régimen que monopolizaba el poder.

La actitud de estos inmigrantes no fue similar, ya que encontramos una mayor radicalización en los sectores que se agrupaban en torno a los gremios. Esta diferencia radica en la aparición de grupos anarquistas o socialistas clasistas que no aceptaban las ofertas de las democracias burguesas, aún de aquellas con sesgos parlamentaristas y con menores niveles de autoritarismo. Los reformistas eligen al Partido Socialista,



fundado por Juan B. Justo en 1896, para confrontar con el régimen conservador al que definían como fraudulento y tiránico. Un régimen de partido único que utilizaba un remedo de elecciones para legitimarse. Criticaban por igual a esta oligarquía dominante como a la Unión Cívica Radical, concebida por Leandro N. Alem en 1890. Esta última formación de raíces liberales eticistas (eran evidentes las huellas del krausismo en sus primeros años) solía boicotear los procesos electorales viciados de nulidad y apostaba a tomar el poder mediante movimientos cívico-militares. Al morir su fundador y reorganizarse el partido en torno de Hipólito Yrigoyen, un caudillo bonaerense, el radicalismo avanza hacia posiciones populistas. Mientras las desigualdades crecían y miles de personas subsistían en condiciones de cuasi esclavitud e indigencia, los socialistas fueron incapaces de aplicar un análisis marxista a esta situación y, menos aún, luchar por una vía revolucionaria. Con la excepción de algunos dirigentes, expulsados y alejados voluntariamente de la conducción partidaria, el Partido Socialista concentraba sus esfuerzos en cambiar las reglas de juego de la República y modificar desde el Poder Legislativo la estructura económica imperante. Expresado como movimiento, los ácratas no aceptaban la noción de Estado y, por lo tanto, no participarían de ningún acto eleccionario, ya que los cambios no podían surgir de un parlamento aún bien intencionado. El anarquista rechaza el concepto de autoridad, dando absoluta prioridad al juicio individual; es por ello que hace profesión de antidogmatismo. Inicialmente marginal y sin peso propio con respecto a las inquietudes del proletariado en formación, luego de superada una ríspida discusión teórica entre organizadores y antiorganizadores, los ácratas se fueron volcando hacia una activa participación dentro de los sindicatos. Y desde sus organizaciones formaron a los obreros exponiendo con síntesis y claridad su sistema ideológico e impugnando radicalmente a las estructuras sociales vigentes. Por lo tanto se convirtieron en el blanco preferido del núcleo de poder, ya que veían en estos militantes sindicales un peligro para sus intereses. Temor fundado, que los libertarios no planeaban actuar sobre realidades coyunturales, sino sobre los cimientos mismos del sistema de poder. Promovían cambiar las formas de producción, terminar con los latifundios y cualquier

propiedad privada y acabar con los instrumentos coercitivos o asimiladores como las fuerzas armadas y policíacas burguesas y los sistemas educativos mantenidos estatales o religiosos. Con la huelga general como arma principal y ajustando su liderazgo a la acción, cumplieron un papel destacado durante las dos primeras décadas del siglo XX. No aceptaban acuerdos parciales y sometían cualquier decisión al colectivo. Con estas características y extendiéndose su predicamento en las grandes urbes, no puede extrañarnos que la reacción del gobierno no llegara de la mano de leyes de cuestionable constitucionalidad como las de residencia y de defensa nacional, que permitieran expulsar discrecionalmente a extranjeros peligrosos para la seguridad y prosperidad del país.

Los socialistas se sentían cómodos con la dualidad civilización y barbar, aunque cambiando los actores de esta disposición maniquea. Son ellos los que encarnaban a la civilización y estaban llamados, mediante la evolución natural de las ideas, a ocupar los sillones del poder en el futuro cercano. Circunstancialmente aliados en algunas fallidas experiencias sindicales, se veían como rivales para captar a los obreros. Los socialistas no titubearon, a través del accionar de sus dirigentes más encumbrados, en no denunciar las sangrientas represiones que sufrieron los anarcosindicalistas. Un ejemplo de ello es que cuando retrospectivamente se refieren a este período fundacional sufren amnesias o sucumben a sus propias incongruencias que no pueden ocultar su complicidad por acción u omisión con los actos criminales del poder central. La perspectiva de Dickmann a casi treinta años de la brutal acción policíaca contra los obreros manifestantes en 1909 es una prueba irrefutable de la ideología del Partido Socialista local. Los anarquistas eran descriptos como andrajosos y miserables. No tenía siquiera corbata; el pobre orador que les hablaba y con ello parece restarle un último destello de civilización. Era la chusma, el proletariado miserable y esa visión ingenua que se compadecía por los desdichados no es creíble, ya que en numerosas incursiones oratorias como diputado defendió al roquismo y a sus hijos políticos.

Finalizamos esta sucinta introducción, para dedicarnos al estudio de las expresiones teatrales socialistas.

Cuando el acceso al documento escrito es imposible o está seriamente dificultado por diversas causas, debemos recurrir al uso de herramientas alternativas. En los últimos años, los recursos provistos por la historia oral y la etnohistoria se convirtieron en aliados adecuados para completar huecos en los procesos relevados. Y a ellos nos acercamos para revisitar con miradas diferentes las categorías establecidas en el pasado y aún para ayudarnos en la conformación de un original corpus teórico para el análisis de las expresiones teatrales contemporáneas.

En mi investigación sobre la producción dramática de los grupos políticos alternativos al modelo conservador dominante, el rescate de las voces de los protagonistas me permitió comprender la relevancia del fenómeno y los alcances del mismo. Así fue surgiendo un discurso, diluido por la voz hegemónica de la memoria oficial y de una riqueza impensada de acuerdo a los mitos establecidos por los sectores dominantes en el colectivo social. Con acciones concretas y de la mano de la antropología cultural (con una colección científica del relato) he desarrollado vías para la restitución de ese polifónico mundo, que caracterizaba a estas propuestas de los grupos clasistas. Una de las tentaciones que encontramos en el camino de reconstrucción de memoria es sostenerse en elementos aislados y fijar sobre ellos una perspectiva fetichista. Si la trampa se hace efectiva, nos vestiremos de buscadores de tesoros, incapaces de articular los fragmentos hallados con los grupos sociales que los produjeron. Cada pieza oral redescubierta debe ser pilar de construcción de originales y futuras elaboraciones culturales.

En la síntesis histórica presentada, hemos visto cómo el socialismo reformista, dejó de tener una representación orgánica en los sindicatos (aunque muchos militantes desoyeran el consejo de Juan B. Justo de evitar la participación en los gremios en nombre del partido) y, especialmente, su actividad legislativa no alcanzó el compromiso esperado, mientras que la mayor parte de sus dirigentes no representaban los intereses de los más pobres.

Al trabajar con textos y discursos no podemos desconocer aquello que los definen. Los primeros, superando la simple descripción de cadena lógica de oraciones, es un recorte de la lengua con textura, indispensable para reconocer a esa cadena como un conjunto enriquecido por múltiples relaciones. Siempre se tratará de una opción de lo que pudo decirse, una selección en el conjunto del potencial, que no es ingenua y responde a la ideología o intenciones del que la hace. Pero los discursos escritos difieren de los orales, entre otras cosas, porque los segundos son emitidos en un contexto de situación, determinado por condiciones del orden de lo social, cultural y aún emocional. El investigador no sólo no debe omitir los recursos del hablante para completar su discurso, sino por el contrario asirse de los mismos (pausas, entonación, cambios en el ritmo y en la vehemencia de lo expuesto, gestualidad o falta de la misma). Esos recursos no son aleatorios, responden a un esquema mítico en muchas ocasiones y deben ser analizados en función del colectivo a que pertenece el individuo entrevistado. Comprender a los viejos militantes ácratas es comprometerse con los principios constitutivos del movimiento que los contuvo décadas atrás. Y al comenzar con la pesquisa un nuevo desafío se imponía, ya que se hacía necesario estrechar los límites del campo de rastreo. Luego de registros generales me centré en los testimonios de los obreros y luchadores anarquistas anónimos; es decir, en aquellos que no habían ocupado cargos de conducción en gremios o prestigio como teóricos, pero sí una tarea encomiable en la difusión del ideal a través del teatro.

No estamos estudiando un cuerpo homogéneo; por el contrario, las particularidades estructurales del mismo (respeto por el disenso, desprecio por el principio de autoridad sostenido en la irracionalidad) lo convierten en un caudaloso río con múltiples brazos. Interpretar esta premisa es el punto de partida de cualquier acercamiento a este particular objeto de investigación. En los proyectos libertarios coexisten diversas miradas, pero hay gruesas líneas que permiten definirlo en trazos amplios, siempre en tensión interna.

El ácrata desprecia la voz oficial, la del poder dominante y abusivo, que sólo busca el control social y epistemológico. Además, los que detentan la potestad de las

decisiones absolutas lo hacen con la tranquilidad de contar con la eficacia de instrumentos coercitivos sutiles o visibles para cumplir con sus metas. La estrategia del movimiento fue crear sus propios espacios de creación y difusión cultural en un intento por trasladar de los lugares burgueses de dominancia en el campo el peso excluyente de los núcleos de concentración del poder real, tanto económico como político. No era intención plasmar una simple controversia verbal en barricadas y mitines o epistolar mediante periódicos adictos; se proponían establecer redes que pelearan palmo a palmo con el elicentrismo patronal hasta que las producciones del movimiento forzaran un cambio definitivo de su visión de mundo en los ámbitos proletarios.

Tanto el establecimiento de instancias societarias, de medios de divulgación y de centros de creación obedecieron a este plan de copar los espacios culturales desde los cuales el élitocentrismo capitalista hacía prevalecer su imagen de mundo y las definiciones a través de las cuales se ejercía el control de las representaciones simbólicas. La propuesta radical del anarquismo se diferencia de otras manifestaciones opositoras -como el comunismo o el socialismo- en la implantación de un ideario que niega rotundamente las formas despóticas de autoridad, otorgando importancia a la acción comunitaria y los valores humanos a través de la realización personal. Queda establecida dicha diferencia a partir de dos características fundamentales que van a articular el universo estético de la obra anarcosindicalista; por un lado, la visión polarizada de la realidad y, por otro, la negación de toda autoridad, que no sólo encarna la represión, sino también el mal en el mundo. Esta visión social esquemática remite a un orden que podemos rescatar como antecedente de resistencia para posteriores orientaciones políticas y culturales, pues la instalación del anarquismo supone determinados medios de producción y comunicación: imprentas, diarios, librerías, talleres gráficos, agrupaciones comunitarias, que funcionarán como precedente de acción y reflexión cultural. Pero no sólo utilizaron estas estrategias. Se valieron de las armas del adversario para que su mensaje obtuviera dimensiones nacionales. Para ello, recurrieron al solitario militante o a las parejas, que recorrían los inmensos y despoblados territorios siguiendo las vías férreas que los ingleses

diseñaron para la extracción de los bienes primarios. Los acólitos, tema de diferentes trabajos que he encarado, tuvieron un papel fundamental, ya que llevaron el ideal a parajes en los que la sindicalización era escasa. Los aparatos alternativos implementados por el anarquismo entraban a disputar palmo a palmo los reductos manejados por el pensamiento hegemónico con la finalidad de desplazar el sistema de creencias operante. La literatura libertaria, y la dramaturgia en particular, se ordenarán a estos propósitos emancipadores, desarrollando una acción verbal destinada a convencer y a persuadir a un sector mayoritario de la sociedad sobre las posibilidades ciertas de tensionar los códigos culturales privilegiados para conseguir una apertura hacia nuevos niveles de realidad, alternativos de los reinantes.

Enrico Giulio, obrero ceramista y poeta, escribió tres monólogos con una temática común: la participación en los actos comiciales. En una entrevista a Roberto Almirón, miembro del taller de escritura que dirigía Giulio en el Círculo El Porvenir de Avellaneda, nos cuenta,

Era un joven sin demasiada formación o recursos económicos. Mi padre había partido a Tandil para conchabarse en las minas y con mi hermano mayor dejamos tempranamente el colegio para ayudar a nuestra madre en la ardua tarea de cubrir las necesidades de una familia numerosa. Barría en la estación de trenes de Remedios de Escalada, cuando un hombre de origen italiano se me acercó para invitarme a integrar un grupo de estudio. Más por curiosidad que por real interés me anoté en el círculo libertario donde funcionaba ese grupo. Pero al poco tiempo estaba cautivado y ya no pude alejarme de los libros y del teatro, que con más fervor que buen gusto, representaban los elencos amateurs locales".²

Giulio pretendía que todos sus alumnos intervinieran en la elaboración de los textos dramáticos que preparaba. Solía comenzar los encuentros con un breve discurso sobre el significado de la democracia burguesa, las trampas del republicanismo sostenido por los sectores concentradores del poder o las traiciones cometidas hasta

² Entrevista del autor a Roberto Almirón, Buenos Aires junio de 1987. Las citas que siguen se refieren a esta misma entrevista.

entonces por los autodenominados partidos populares, en especial el radicalismo y los socialistas reformistas. Terminada la breve alocución, siempre acompañada de un tono enfático y ademanes, exhortaba a los miembros del taller a discutir críticamente su posición y a escribir sus impresiones al respecto. Así lograba un rico debate, que se traducía en una extensa redacción a la que Giulio pulía en estilo y la daba forma de monólogo. El proceso descrito podía durar semanas y no se completaba hasta oír la opinión fundamentada de cada uno de los noveles escritores. Una vez que consideraba finalizado al texto, se elegía al personaje que serviría de canal de transmisión del mismo. En general, se optaba, en una suerte de respuesta a convenciones preexistentes (por un obrero o joven militante anarquista), que representaban como sujetos esclarecidos al movimiento en conjunto. Para concretar esta segunda fase, solían leer el producto escrito en voz alta, siendo frecuente realizar nuevos ajustes si algún fragmento sonaba poco convincente o si surgían ideas que amplificaran con mayor acierto lo expuesto. Tan sólo restaba seleccionar al encargado o encargada (la participación de mujeres en este taller fue importante) de presentarlo en público.

Giulio no utilizaba a componentes de cuadros filodramáticos de la zona, sino que deseaba involucrar a sus propios discípulos. Para que los mismos estuvieran preparados para este reto extra acompañaba sus clases con rudimentos de declamación y ejercicios corporales de corte gimnástico. Almirón opina al respecto:

Don Enrico nos animaba a elegir los buenos libros sobre el mero entretenimiento capitalista y también a desarrollar nuestras potencialidades artísticas, escribiendo y hablando ante otros compañeros. Así aprendí oratoria básica, mejoré mi postura corporal y sobre todo mi dicción, todas herramientas muy útiles en mi futuro como actor en grupos de teatro independientes. Sin embargo, no puedo dejar de recordar mis miedos que me paralizaban al comenzar el taller. O el terror que me invadió al ser elegido para interpretar el monólogo *Falsas promesas*. Le debo a Don Enrico esas maravillosas horas en el taller, que me abrieron la puerta a un mundo de creatividad, solidaridad y compromiso con el hermano en desgracia.

El primer monólogo nacido en el taller se titulaba *Los doctorcitos*, y fue estrenado en una velada realizada en el salón del sindicato de panaderos de Avellaneda. En plena campaña política, frente a las elecciones presidenciales de 1928, el interés de la mayoría de los ciudadanos se repartía entre la fórmula encabezada por el viejo caudillo radical Hipólito Yrigoyen y los sectores conservadores -muchos ligados a la propia UCR-, que se calificaban como *antipersonalistas*, en un claro repudio a la figura del primer presidente surgido del voto popular. Este espacio, envaletonado por su gran papel en los comicios legislativos de 1926, lanzó una fórmula nacional que sumó a otra escisión en un partido de larga trayectoria como el Socialista. En las huestes de Justo, un grupo de dirigentes se apartaron de la conducción nacional para dar origen al Partido Socialista Independiente. Tenían una visión claramente más corrida hacia la derecha que la que primaba en el seno de la agrupación de Repetto y Palacios (aunque la defección de los socialistas parlamentaristas ante episodios de luchas obreras fue notoria y mostraban un corrimiento hacia posiciones más diluidas ideológicamente).

La mayor parte de los miembros destacados del Socialismo Independiente ocuparán cargos en el gobierno de Justo durante la década siguiente, explicitando sus verdaderas intenciones y los intereses a los que respondían. Con el objetivo de impedir la llegada del *populismo* al gobierno, *antipersonalistas*, socialistas independientes y restos de expresiones políticas conservadores conformaron una alianza electoral denominada Frente Único. Dos reconocidos alvearistas como Leopoldo Melo y Vicente Gallo conformaban el binomio que pretendía alcanzar el control del Ejecutivo por el voto ciudadano. Los socialistas orgánicos con la fórmula Mario Bravo-Nicolás Repetto no parecían tener oportunidad alguna. La izquierda clasista estuvo representada por el Partido Comunista, que también sufrió una división en su seno.

Los libertarios desconocían las prácticas democráticas, pues entendían que se trataba de una nueva estratagema de los núcleos del poder económico para continuar explotando a la masa trabajadora. Es preciso comprender que el yrigoyenismo en particular, y otras opciones del sistema democrático burgués habían puesto en marcha

mecanismos de conciliación y consenso que sirvieron para descomprimir situaciones de conflicto y reemplazaron (aunque cuando estos mecanismos fallaban recurrían a la represión) a las tradicionales respuestas coercitivas utilizadas hasta entonces. Este avance del Estado, más organizado y con una presencia coherente en casi todos los estamentos de la vida diaria, hicieron que tanto la oferta política como la cultural de los ácratas perdiera peso específico, en especial en el movimiento obrero.

No obstante, continuaron su lucha desigual por gestar una nueva sociedad, sin tutelas patronales, clericales o gubernamentales. Una sociedad en la que la libertad adquiriese una nueva dimensión, sin caer en conceptos absolutos ni en especulaciones filosóficas abstractas. Con estas condiciones aseguradas, el hombre sería capaz de desarrollar sus propias capacidades adquiridas naturalmente y, solidariamente, ponerlas al servicio de la comunidad. Alejarse de una libertad definida y regulada por cualquier tipo de organización estatal era el objetivo, y tenían que generar instrumentos para que la población escapase del engaño del que históricamente habían sido víctimas.

Éste era el ánimo que perseguía el taller de don Enrico y sus producciones: problematizar al obrero para que entienda que solamente le ofrecían las migajas de un festín que disfrutaba la burguesía. No había real libertad en esa mascarada de democracia, tan sólo promesas y una realidad en la que ésta sólo era un privilegio de pocos cimentado en la esclavitud del resto. En consonancia con estos principios, los anarcosindicalistas propiciaron debates de cierta intensidad en algunos gremios en los que todavía conservaban presencia minoritaria. En los mismos, enfrentaron a las facciones dominantes que sostenían a los candidatos comunistas o a los del populismo radical. El esfuerzo de publicaciones, libelos, círculos y centros libertarios se puso al servicio de una campaña de esclarecimiento para dejar al descubierto las reales intenciones de la partidocracia, sin importar el color con el que se vistiera. El taller de Giulio participó con la representación de sus monólogos de creación compartida, los que debían ser continuados por una discusión amplia sobre las ideas en ellos

expuestas. Así conseguían el objetivo didáctico que diera origen y sentido a estas piezas desde el comienzo de su concepción.

He podido recuperar parcialmente *Falsas promesas*, en un documento cedido por Almirón. El texto sufría cambios en sus diferentes presentaciones públicas, en virtud de elementos emergentes en las discusiones que el colectivo del taller consideraba enriquecedores y clarificadores. Vemos en el comienzo de esta obra, recursos visitados asiduamente por la producción dramática anarquista, como la reiteración de principios éticos (para fijarlos en la audiencia) y el discurso vibrante exhortando a la acción directa y a la reflexión. Sin embargo, tal vez por la elección de un proceso de escritura no transitado habitualmente por el movimiento, la solemnidad y el lenguaje barroco fue evitado. Prevalció, entonces, un tono coloquial (aunque no ordinario o primitivo) y cercano al obrero no formado en el ideal ácrata. Este tono no significa abandonar ese delicado equilibrio entre la presentación de un estado de cosas explicadas desde la historia y la apelación al cambio posible a través de la acción colectiva. Tampoco supone el uso de recursos de alivio que aligeren la tensión dramática. Como personaje del monólogo es elegido un trabajador ferroviario con muchos años de lucha y una conducta que sobresalía por su honestidad, consiguiendo el respeto y admiración de sus compañeros. Cuando enfrenta a un supuesto candidato socialista dice:

Jorge- Compañero, usted le habla a los obreros con discursos atrayentes y muchas promesas. Si triunfa en las elecciones nos cuenta que luchará por imponer leyes que acaban con la injusticia. Pero yo le pregunto y también me pregunto si está dispuesto a cumplirlo. Nunca participó de una huelga o vio comprometida su libertad al caer en las cárceles del poder. Si desconoce la realidad o las penurias del que sufre las desigualdades de su democracia, no es posible entender cómo nos libraré de sus males. Repite la palabra socialista en cada frase, pero no se detiene a contarnos qué supone este socialismo. Me parece que su mensaje es que debemos cambiar de patrón, del dueño de la fábrica al burócrata que maneja el Estado. Y quisiera aclararle a Usted y a los que participan en esta mentira de las elecciones que no hay socialismo real, el que riega de libertades la tierra, en los parlamentos o en las casas de gobierno. Hemos sufrido a los que 'paternalmente' nos aconsejaban negociar nuestros derechos para recibir



un mendrugo. Ya sabemos cómo defendieron la causa de la lucha obrera en las calles de Buenos Aires en 1919 los diputados socialistas. Y también reconocemos la democracia en base a amenazas en los sindicatos de los que siguen a Penelón. Vuelva por el camino que lo trajo. No cometeremos otra vez la equivocación de creer en su hábil y vacío argumento. Sólo el individuo libre será capaz de crear una sociedad digna, sus democracias, elecciones, votos y leyes son otro obstáculo para la revolución, la revolución que comienza en el espíritu de cada compañero.”³

Como ya advertí, los monólogos de Giulio solamente muestran cambios con respecto al resto de los elaborados en el seno del movimiento, en el proceso de responsabilidad compartida que les dio forma. El texto final no busca una estética de renovación o ruptura con respecto a los modelos burgueses. No hay interés en hacerlo, ya que la innovación no debe buscarse en las poéticas utilizadas, sino en la búsqueda de un lenguaje funcional a la lucha cultural que también se libraba contra las propuestas dominantes.

La figura del héroe inmaculado es otra vez levantada en oposición cuasi maniquea a los representantes del orden establecido. Se trata de un luchador sin imperfecciones, que puede asemejarse en su configuración a las construcciones esquemáticas de las hagiografías de los santos cristianos romanos. Se maneja por el *deber ser* y su propuesta no es para su propio beneficio o para el de los que lo rodean, sino que debe trasladarse a la sociedad en su conjunto. No tiene dudas y su batalla dialéctica no reconoce temores de posibles represalias. Acepta las reglas del juego, donde las fuerzas de la injusticia que enfrenta son, en primera instancia, muy superiores a las suyas. Pero esta situación, que le demandará sacrificios y penurias, es pasible de ser invertida, ya que el pueblo es depositario del poder y sólo debe reconocer su situación para utilizarlo de manera positiva. Nada entonces puede detener al arquetipo del héroe libertario, ya que ni la propia muerte es vista como una derrota definitiva. Con una retórica de lucha y una discursividad que, aunque atenuada por don Enrico, todavía apabulla, este personaje es una síntesis de los luchadores del movimiento anarquista.

³ Cuaderno de notas personales de Roberto Almirón inédito.

En los documentos facilitados por Almirón apreciamos correcciones en el texto, que él mismo nos explica:

Luego de una de las funciones, durante el debate, un dirigente obrero que se definía como comunista cuestionó nuestra voluntad revolucionaria y nos acusó de perpetuos voceros de la protesta sin logros. Ante esta actitud don Enrico planteó la necesidad de agregar algunos pasajes al monólogo. Pusimos nuestros puntos de vista, respetuosamente escuchados por el maestro, y finalmente acordamos que podíamos enriquecer la obra utilizando parte de los argumentos con los que fácilmente expusimos las contradicciones del discurso del militante comunista.

Así lo hicieron y al fragmento que reproduje de *Falsas promesas* (al parecer el utilizado en el estreno, según el testimonio del mismo Almirón) se le sumaron varias frases.

Jorge: Y también reconocemos la democracia en base a amenazas en los sindicatos de los que siguen a Penelón. Estos falsos socialistas llaman timoratos a los verdaderos luchadores. Se mofan de los libertarios caídos en huelgas, resistencias y ocupación de talleres y aún en combates en las calles. Se visten de cruzados de la revolución y quieren participar de elecciones burguesas. Tal vez sean hoy el mayor peligro para nuestros compañeros desprevenidos o sin la suficiente educación. Desconfíen de ellos porque aunque gane su partido ustedes continuarán perdiendo⁴.

A partir de estas modificaciones seguía el monólogo como en la primera versión.

Los monólogos siguieron repitiéndose con las dificultades ya señaladas de un movimiento que contaba con escasos medios. En septiembre de 1928, Yrigoyen alcanza su segunda presidencia derrotando holgadamente al frente conservador. Pero el radicalismo había tomado, luego de su depuración por derecha, un perfil más progresista con un cuestionamiento hacia las políticas sociales seguidas por Alvear. El viejo caudillo era visto como un posible peligro ante sus promesas de nacionalización

⁴ Cuaderno de notas personales de Roberto Almirón inédito

del petróleo o de establecer una legislación del trabajo que favoreciera a los más pobres. El frente interno opositor, lejos de debilitarse por la derrota en las urnas, pensaba en otros medios para retomar el control del país. Contaban con los poderosos representantes del agro y con el beneplácito de empresas extranjeras con intereses locales. La crisis mundial del capitalismo de 1929 agravó la situación y pareció despejar el camino para la "hora de la espada"; en septiembre de 1930, un golpe militar encabezado por el general Uriburu se transformaba en la primera interrupción constitucional del siglo XX e inauguraba el partido militar como actor destacado de la historia cercana argentina.

Muchos de los emprendimientos libertarios que sobrevivieron quedaron librados a su suerte. El sistema teatral argentino avanzaba hacia nuevas concepciones estéticas e ideológicas, que culminarían en uno de sus períodos más fecundos, el teatro independiente. El Estado no intervenía en la vida escénica, salvo en contadas oportunidades, especialmente para ejercer control o censura directa. Esta posición se modificó con la llegada al poder del peronismo, que diseñó una política cultural con fuerte presencia en el campo artístico. Con la ejecutividad, que caracterizó a los organismos creados por la nueva administración, elaboró un plan integral para el área, tarea que recaería en la Comisión de Cultura. Contando con un presupuesto inédito para este espacio siempre marginal de la administración central, es menester destacar sus logros, varios de los cuales sobrevivieron a la caída de la primera etapa de la gestión justicialista. La creación del Tren Cultural, el Seminario Dramático Nacional, la Orquesta de Música Popular, como el apoyo a organismos preexistentes como el Instituto Nacional de Estudios Teatrales, El Teatro Labardén, El Teatro Municipal de la Ciudad de Buenos Aires o la Comisión de Bibliotecas Populares, son algunas de las acciones tomadas en los primeros años de esta gestión. Una de las bibliotecas de origen filo-anarquista, fundada en 1912 en las cercanías de Zárate, se vio beneficiada por las medidas tomadas desde el poder central y experimentó un crecimiento patrimonial y de socios adherentes destacado. Con el apoyo de la Conabip, se organizaron actividades de extensión cultural, que incluían al teatro. En



interacción con otros espacios similares cercanos, proyectaron veladas, en las que representaban obras breves, o leían cuentos y poemas de elaboración propia. Es apreciable el entusiasmo que los embargó, sacándolos de cierta rutina (emparentada con el letargo), animándolos a conformar un cuadro filodramático. Estructurado a partir del aporte de actores aficionados de distintas bibliotecas de la región, se lanzaron a mostrar sus esfuerzos artísticos a los lugareños. La mayor parte de los textos seleccionados respondían a los principios estéticos del melodrama, con tonos moralizantes. Sin embargo, también encontramos adaptaciones hechas por los mismos integrantes del colectivo, tanto de clásicos nacionales y extranjeros, como de libretos desempolvados de los estantes de las bibliotecas. Vamos a ser testigos de una apropiación de un monólogo que responde a la ideología y poéticas dominantes en el anarquismo, por parte de este grupo de actores vocacionales. Reescrito, fue interpretado, por lo menos dos veces, en actos festivos comunales, de corte partidario. Con el título de *Se acabó la politiquería*, el monólogo se transformó en un melodrama, concebido para cuatro personajes. Aquél que habla en nombre del autor, sigue llamándose Jorge. Podemos apreciar cómo el fragmento, que hemos seguido en sus mutaciones mientras fue expresión libertaria, se convierte en diálogo.

Jorge -Mire amigo, no sé qué hace en estos pagos. Nunca lo hemos visto por aquí. Me habla de respeto por las leyes y macanas parecidas. No lo he visto arremangarse para trabajar con nosotros o luchando contra los dueños de las estancias. Además, no apoyó el estatuto del peón, que tanto beneficios nos ha dado.

Doctor Ajenjo- No puede hablarme así, pues voy a ser diputado de la Nación. Me debe respetar o ¿quiere parecerse a ese tirano disfrazado de benefactor de la clase trabajadora, que sólo engaña? La República necesita libertades, podernos expresar sin condicionamientos. Ustedes, los peones, tienen que entender que las ideas deben ser respetadas, porque corren el peligro de transformarse en esclavos de un nuevo dueño.

Jorge- Perdóneme, si lo ofendí, pero no voy a tolerar clases de parte suya. Me tienta con un discurso empalagoso, con libertades escritas en papeles, que después no se cumplen. Necesitamos trabajo digno, comida, ropa, educación para nuestros hijos. Con su República, nada de esto existía para



nosotros, sólo el olvido y la injusticia. Y llama tirano a Perón. Sepa, que él nos entiende y sólo quiere lo mejor para su pueblo. Este país está cambiando para bien. La Argentina de los humildes humillados y los doctorcitos ricachones poderosos, ha terminado. Desconfíen, compañeros, de esta ave de rapiña. Escuchemos a Perón y pasemos a ser parte del movimiento que lidera. El sol ha salido y nace con él, una Patria Libre, Justa y Soberana.”⁵

Esta pieza fue guardada por una de las improvisadas actrices del grupo, preservándola del posible olvido. Así, el monólogo de producción colectiva analizado, fue el germen de este melodrama, ambas expresiones de un teatro con intencionalidad didáctica y política.

cfos@complejoteatral.gov.ar

Abstract:

After considering the political background of Argentina during the three first decades of the XXth century, the author analyzes a very interesting example of anarchist theatre: *Falsas promesas*, one of the dramatic texts of Enrico Giulio, ceramist worker and libertarian poet.

Palabras clave: Giulio- *Falsas promesas*- *Se acabó la politiquería*- anarquismo- grupos filodramáticos- teatro político- monólogo

Keywords: Giulio- *Falsas promesas*- *Se acabó la politiquería*- Anarchism- philodramatic groups- political theatre- monologue

⁵ Manuscrito entregado por la señora Irma Jiménez, inédito.